

LA UNAM Y LAS PERSPECTIVAS DE LA EDUCACION SUPERIOR EN MEXICO*

GUILLERMO SOBERON ACEVEDO**

Señoras y señores:

Durante siete semanas nos hemos reunido para examinar diferentes aspectos, que he calificado de cardinales, de la educación superior. Estos aspectos han estado referidos, de manera particular, a mi experiencia como Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Cuando tuve el privilegio de ingresar a el Colegio Nacional analicé el sentido de la universidad; en este primer ciclo de conferencias que me ha correspondido dictar elegí también el tema de la educación superior. Diversas razones me llevaron a escoger cuestiones universitarias para la disertación inaugural y para el ciclo inicial. Ocurre que la educación superior desempeña un papel relevante en el progreso general del país; ocurre, asimismo, que en la rica vida académica y cultural de México la Universidad Nacional ocupa un papel central, y ocurre, finalmente, que he considerado conveniente sistematizar algunas vivencias de una etapa del desarrollo institucional en que participaron miles de universitarios.

Hace años he venido insistiendo en que las casas de estudio son también objeto de estudio; la complejidad de la vida universitaria y su poderosa incidencia en la vida social obligan a que las universidades se autoanalicen. Por esto, además de los antecedentes que se localizan en 1953 y 1967 en materia de planeación universitaria, en 1973 se constituyó la Coordinación de Planeación Universitaria que pronto dio lugar a la actual Dirección General de Planeación Universitaria; en 1976 se integró el Centro de Estudios sobre la Universidad, y en 1977 el de Documentación Legislativa Universitaria. No fueron éstas, desde luego, las únicas dependencias universitarias donde la autorreflexión se produjo; tampoco fueron los primeros lugares donde los universitarios comenzaron a pensar sobre sí mismos; sí denotaron, sin embargo, una preocupación constante por conocer el desarrollo académico, la participación social y las potencialidades crecientes de las instituciones de educación superior.

Me incliné también a abordar en este foro académico asuntos concernientes al periodo de mi gestión como Rector de la UNAM porque, si entre mis responsabilidades asumí la de informar a la comunidad y someterme a su juicio, pasados ya esos años -y ahora desde otra perspectiva- entiendo igualmente responsable, razonable y necesario examinar, no con un afán informativo, sí con un propósito analítico, las medidas que en ese tiempo se pusieron en práctica sobre asuntos cruciales de la vida institucional.

El recuento de las experiencias tenidas no se ha hecho en términos de metas alcanzadas o propósitos incumplidos; no ha sido un informe, repito, ni una justificación; es simplemente un acto de congruencia el que me ha llevado a dejar en esta eminente institución como testimonio de trabajo, una serie de elementos de juicio, y de juicios mismos, que concurran a ensanchar los estudios sobre las instituciones de educación superior.

En el curso de los años la Universidad Nacional ha venido cobrando una participación relevante en nuestro país y en el ámbito internacional. Siempre ha habido, desde luego, miles de universitarios que con su esfuerzo cotidiano contribuyen al encumbramiento de su alma máter. Dentro de ellos se han dado personajes que por su capacidad, por su cultura y por su férrea voluntad sobresalieron en el panorama universitario mexicano y extranjero. Gracias a la suma de esos esfuerzos personales y el ejemplo que irradiaron en nuestra comunidad fue posible el embarnecimiento institucional. Hoy, con orgullo grande, es posible afirmar que los universitarios mexicanos son respetados dentro y fuera del país, por lo que individualmente significan y por lo que institucionalmente representan. Nuestros egresados desempeñan con éxito funciones académicas en el extranjero y del extranjero vienen a nuestra institución académicos de prestigio que encuentran a profesores e investigadores, y a alumnos también, con aptitudes de trabajo semejantes a las que en otros lugares se dan. Así la Universidad Nacional Autónoma de México ocupa una posición de relieve y de respetabilidad en el panorama propio y en el concierto internacional.

*Palabras pronunciadas por el suscrito a la terminación de sus conferencias en el Colegio Nacional, agosto 26, 1982.

**Ex-Rector de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Nuestra Casa de Estudios no ha alcanzado el perfil ideal a que todos aspiramos; más aún, quizá ese perfil tampoco lo consiga en los más inmediatos lustros. Esto es explicable porque todo avance genera nuevas expectativas. De cierto, ni la nuestra ni ninguna otra institución semejante llegan nunca a satisfacer por completo a quienes en ella viven o de ella esperan. Conformismo y autocomplacencia riñen con progreso y autocrítica. Por eso las demandas que los universitarios se formulan a sí mismos y las que las sociedades les presentan, siempre serán crecientes. Lo que cuenta, y seguirá contando, es que se mantenga la vocación indeclinable de los universitarios para continuar prosperando.

Entre las instituciones de educación superior se producen elementos de coincidencia, pero también los hay que singularizan su acción en un tiempo y un lugar determinado. No todas las instituciones en todos los lugares ni en todos los tiempos han perseguido afanes comunes más allá que el de enseñar e investigar, y es que los centros educativos viven procesos de simbiosis con las sociedades que las alientan y éstas, como bien se ha dicho, fluctúan en sus diferentes momentos históricos. Por eso, en diferentes momentos, hice referencia a aspectos de la realidad social y económica de México que influyeron en la Universidad o en los que ella a su vez influyó.

A la Universidad Nacional le ha correspondido una misión trascendente en el panorama educativo de México. El fenómeno se debe a las peculiaridades del desarrollo de la propia institución y a las características de la organización social mexicana. La Universidad Nacional recientemente adoptó, como política, romper actitudes o tendencias centralizadoras; pero en ningún momento abdicó de participar en la vida académica y cultural de México. Ahora bien, al distribuirse de una manera racional responsabilidades y funciones, y al participar en esa tarea, en términos de solidaridad y comprensión mutua, igual las instituciones autónomas que las autoridades educativas federales y locales, se ha dado a la educación superior en México una nueva jerarquía, al tiempo que se abrieron muchas, nuevas y promisorias perspectivas.

El sistema universitario mexicano no debe preparar académicos para la exportación, ni profesionales para el dispendio. En las universidades mexicanas se adquiere un claro sentido de la responsabilidad y cobra una diáfana imagen la realidad. Vivimos en un país de graves desigualdades, donde coexisten agudas carencias e insultantes formas de concentración de la riqueza. Las universidades, donde estos fenómenos se estudian, son también instituciones donde esas realidades se reflejan. En este sentido la universidad mexicana desempeña una importante función para la estabilidad social, por la permeabilidad que propicia y el conocimiento que auspicia. En las aulas universitarias conviven, dentro de una democracia académica, jóvenes procedentes de todos los estratos socioeconómicos. Allí se dan, sin duda alguna, formas de integración social, política y cultural que acercan a los universitarios al conocimiento de los problemas del país.

La universidad no vive de las abstracciones; vive para las realidades. En el lento proceso que supone la capacitación de jóvenes aspirantes para una vida profesional y su transformación en ciudadanos conscientes de lo que México ofrece y exige, la institución ha tenido sin duda alguna, un impacto decisivo en la forma de ser del país. Por esto las universidades mexicanas son instituciones de la República. En ellas los universitarios aprenden a conocer las carencias y a trabajar juntos para resolverlas. Quienes saben las profundas disparidades que en México existen, y procuran desentrañar sus causas y apuntar sus remedios, rebasan el esquema demagógico del enfrentamiento e inciden en las posibilidades cívicas de su solución. Por eso las prédicas de animosidad social no han encontrado eco en nuestro país, porque la educación -la universitaria en muy buena medida, pero la elemental y media también en alto grado- ha sembrado la conciencia de que cuanto se puede hacer, se ha estado haciendo.

Entre la comunidad universitaria y la comunidad nacional, de la que el Estado es fundamental componente, existe un pacto social tácito que, en los últimos tiempos, ha sido puntualmente cumplido por ambas partes. A la universidad mexicana le corresponde formar los más capaces profesionales; mejorar sus procedimientos de estudio y sus mecanismos de investigación para que el nivel académico de sus miembros continúe en ascenso; examinar con rigor crítico todo cuanto afecte al desarrollo de México; participar en la solución de los problemas que aquejan al país y dar cuentas, a quienes los hacen posible, de sus realizaciones y de sus proyectos. Así, la universidad cumple su parte del pacto social contribuyendo a la armonía, a la solidaridad y al desarrollo colectivo. Al Estado, a su vez, le incumbe preservar las garantías de libertad de las casas de estudio, aportar los elementos de subsistencia y formular con claridad las necesidades que, con el trabajo

académico, la universidad puede satisfacer.

Debe tenerse presente, empero, que la educación universitaria no es la única opción de capacitación profesional que el país ofrece en la actualidad; pero sí son las universidades, sin embargo, las instituciones de las que surgen conocimientos y ciudadanos cabales para fortalecer los instrumentos de desarrollo nacional. Nadie en México debe asustarse por el hecho de que aumente, de manera progresiva, el número de personas capacitadas profesionalmente. Por el contrario, nuestros niveles de bienestar social y de productividad en todos los órdenes habrán de crecer en la medida misma que lo haga el número de personas con conocimientos profesionales. Lo importante es orientar a nuestros jóvenes hacia las áreas que ofrecen mejores perspectivas de desarrollo personal y nacional. Aun aquellos que por diferentes razones nunca culminaron, o no lleguen a hacerlo, sus estudios técnicos o universitarios, participarán en la vida social con una perspectiva distinta de la que tendrían si no se hubiesen acercado a los centros de estudio.

Por sus características peculiares la universidad mexicana también es el lugar donde de manera natural se preservan los valores de la cultura propia. Los intelectuales mexicanos han encontrado en las universidades el ámbito más adecuado para el desarrollo libre de sus actividades. A quienes por cuya vocación de independencia, durante muchos años se les mantuvo al margen de los mínimos de seguridad en cuanto a su bienestar personal, las universidades les ofrecen hoy un sitio donde pueden desarrollar sus aptitudes sin merma de su independencia.

Al llegar al término de este ejercicio de análisis quiero agradecer a todos ustedes el haber compartido estas reflexiones en voz alta. Intencionadamente he procurado no mencionar nombres. Sería injusto referirme tan sólo a los colaboradores más o menos inmediatos o a las autoridades académicas y administrativas y omitir la interminable lista de profesores, investigadores, estudiantes, trabajadores y egresados que han dado sus mejores esfuerzos por el continuo progreso de la UNAM. El trabajo universitario es, de suyo, una labor comunitaria

Como se ha visto, el universo de intereses que la educación superior satisface y al que la universidad corresponde, es amplio. Como se ha visto también la Universidad Nacional Autónoma de México ha cumplido la parte que le toca merced al esfuerzo colectivo de sus miembros. El análisis de esta realidad y la evaluación de esta perspectiva nos deben inspirar confianza en un país cuyos ciudadanos alientan la noble ambición de convertir al saber en un instrumento del progreso.